

POLARIZACIONES MUNDIALES Y EMIGRACION PRODUCTIVA

David Ibarra
1º abril de 2005

El orden internacional de cada época, consiste esencialmente en un conjunto de reglas que, a la par de servir a los intereses dominantes, atienden la necesidad inescapable de ordenar el mundo en torno a reglas que han de respetarse a fin de hacer posible la convivencia entre naciones. En consecuencia, los modelos ordenadores del mundo por fuerza contienen ingredientes ideológicos, dirigidos a persuadir a naciones periféricas de los inconvenientes de quedar afuera de las normas universales. Y también crean premios y castigos, mitos, concepciones distorsionadas o distorsionantes de la realidad, que originan a asimetrías reales entre los países que aciertan a acomodarse al nuevo orden internacional y aquéllos que no salvan los tropiezos.

Uno de los mitos económicos más difundidos y antiguos es el de que el comercio mundial, los flujos de capital y la difusión de la tecnología tenderán a hacer convergentes los ingresos de las naciones y a limar las disparidades mundiales extremas entre riqueza y pobreza. En los hechos, la globalización no ha traído consigo, ayer ni hoy, convergencia a escala mundial, aunque registre casos de países afortunados que han ingresado al exclusivo club del Primer Mundo.

Entre 1950-1973, los centros motores de la economía mundial, estuvieron dados por la inversión en la reconstrucción de las economías del Primer Mundo, devastadas por la Segunda Guerra Mundial. Europa y Japón emprendieron con éxito y con transferencias externas, esfuerzos encaminados a emular la eficiencia norteamericana. En ese lapso, el ingreso por habitante de Europa se expandió a más del 4% anual y el del Japón al 8%. Inclusive los países socialistas subieron

los ingresos de sus ciudadanos a tasas anuales superiores al 3%. Más aún, de observarse a un buen número de países en desarrollo, parecería comprobarse que se trató de un período de convergencia de niveles de ingreso a escala universal.

De ahí en adelante se da la triple ruptura neoliberal. Primero, los ritmos de ascenso del ingreso per cápita planetario se encogen más del 50%, provocando desempleo y mayores discrepancias distributivas dentro de casi todos los países; segundo, grandes regiones en desarrollo se atrasan frente al Primer Mundo (Africa, América Latina, Europa Oriental, Antigua URSS), dando origen a una nueva etapa de polarización de los ingresos entre países. Por último, algunos países periféricos (China, India, Corea, Taiwán) se separan del resto del Tercer Mundo y se aproximan --algunos todavía de lejos-- a los niveles de vida de los países avanzados.

Entre 1973 y 1993, se pierde el impulso reconstructor de la posguerra; además, las realidades económicas universales, demandaron la erección de un orden internacional con nuevos objetivos y reglas. En los hechos, la transnacionalización de la producción y el comercio, llevan a la abolición de las fronteras, el angostamiento de las soberanías económicas nacionales y la unificación de las políticas socioeconómicas de los países, a fin de garantizar la seguridad del comercio, de la producción y de los flujos internacionales de inversión. Y junto a ello, viene la aceptación de la democracia liberal, como el sistema político que ha de extenderse a todas las latitudes.

Donde se impone la visión ideológica más rígida del nuevo orden internacional es en la transición de los antiguos países socialistas, los latinoamericanos y los africanos que emprenden cambios difíciles hacia los modelos de economía de mercado y democracia liberal. En contraste, la mayoría

de los países asiáticos manejan de modo más flexible, gradual y creativo los paradigmas sociopolíticos universales. No desmantelan la intervención estatal, no privatizan o extranjerizan a sus mejores empresas, ni ceden mayormente la soberanía económica nacional e incluso se permiten sostener regímenes políticos imperfectamente democráticos. Sin embargo, esa combinación de elementos les ha permitido imprimir orientación y dinámica a su desarrollo.

Los países del Primer Mundo también resienten el impacto de la apertura de los mercados ya sea por la intensificación de la competencia internacional, la cesión de producciones al mundo periférico, la dificultad de sostener derechos sociales o absorber los desequilibrios resultantes en los mercados de trabajo.

Sea como sea, la globalización altera la participación de los países en la producción mundial, al punto de perfilar nuevos centros de producción, comercio y finanzas. De tomarse el período 1950-2001, los países del Primer Mundo, han visto reducir su ponderación en el producto del mundo de 57% a 45%. Ello no significa que hubiesen perdido eficiencia y capacidad innovativa. En ese grupo de naciones se concentran los laboratorios, los especialistas y el gasto en investigación y desarrollo.

Sin embargo, los actores públicos, los gobiernos, comienzan a ser desplazados del centro del poder económico por los grandes consorcios transnacionales. Estos últimos ya controlan segmentos importantísimo de la producción, el comercio y la inversión planetaria, manejan buena parte de la investigación tecnológica y segmentan geográficamente sus actividades a fin de beneficiarse de la demanda de muchos mercados y de las diferencias en costos y recursos de las más distintas localizaciones. Por eso, el comercio crece más (el doble) del ascenso del producto mundial, ya que las mercancías tienden a cruzar

varias fronteras antes de llegar a su ensamble y destino finales. Poco a poco las ventajas comparativas dejan de ser las de los países para transformarse en galardones competitivos de las empresas transnacionales.

La fuerza de esos consorcios lleva a la descentralización geográfica de la producción. La participación del Primer Mundo en el valor agregado manufacturero ha caído del 77% al 71% entre 1980 y 2000. En cambio, la de los países en desarrollo ascienden del 14% al 24%. Hay aquí, ganadores y perdedores: América Latina y Africa redujeron su peso y todavía más (50%) las economías exsocialistas; en contraste, los países de Asia del Este y del Sur lo elevan considerablemente. China se sitúa como el principal beneficiario al ocupar el cuarto puesto mundial en materia de producción manufacturera, sólo atrás de los Estados Unidos, Japón y Alemania.

Al parecer en Asia se está formando un núcleo dinámico que ya sobrepasa en la producción manufacturera y en otros aspectos significativos. En lo que toca al comercio, según el Fondo Monetario Internacional, mientras el volumen del intercambio del mundo se expande a razón del 6% anual entre 1986 y 2005, el de Asia duplica esa cifra (12%). América Latina se queda en una posición intermedia (7.5%), aunque demeritada por cuanto el Cono Sur se especializa en la venta de recursos primarios y México, Centroamérica y El Caribe en maquila de poco valor agregado. En contraste China ha logrado transferencias masivas de industrias tecnológicamente maduras del Primer Mundo, sin perjuicio de competir en otros segmentos, incluyendo los de punta o avanzada.

Junto a las mudanzas en el dominio de la producción y el comercio, se gestan cambios dramáticos en la estructura financiera internacional. Las naciones desarrolladas abandonan el papel de proveer ahorros que se

transmitían a los países periféricos para facilitar su desarrollo. Hoy prevalece la situación inversa, es el ahorro de los países en desarrollo el que sostiene inversión y consumo de las zonas industrializadas, singularmente de los Estados Unidos.

El déficit en cuenta corriente de ese país se acerca al 6% del producto al que se asocia otro desajuste fiscal de análogas proporciones. Esto lo ha convertido ya en el deudor más grande, con necesidad de absorber el grueso (tres cuartas partes) de los ahorros excedentes del mundo. Como consecuencia, la distribución de las reservas de divisas se viene alterando radical y rápidamente. Ya en 2004 las naciones industriales conservaban sólo el 36% de dichos activos internacionales. Y si se excluye al Japón, las reservas de europeas y estadounidenses junto a las de otros países industrializados, no exceden del 14%. El fenómeno contrario se da en las economías asiáticas en desarrollo, cuyos bancos centrales ya acumulan el 42% (2004) de las reservas mundiales. Y si a esa cifra se añaden las del Japón, resulta que Asia del Sur y Oriental disponen de casi el 65% de los activos internacionales de los bancos centrales del planeta, esto es, alrededor de 2.3 millones de millones de dólares. El viejo Primer Mundo pierde la capacidad de financiar el desarrollo del mundo, aunque todavía conserve el control de las instituciones financieras encargadas de recircular los ahorros de los países excedentarios.

El ascenso económico y exportador de Asia, está indisolublemente ligado a las políticas cambiarias y a la obtención de altos coeficientes de ahorro --entre el 30% y el 40% del producto-- que les permite abordar la globalización desde una posición competitiva ventajosa. Asimismo, la reciente recuperación estadounidense asentada en políticas keynesianas monetarias y fiscales, ha sido facilitada hasta ahora por la expedita disposición foránea de financiar sus déficit.

En los hechos, los Estados Unidos y los países emergentes de Asia viven una especie de simbiosis inestable. La recuperación económica, el consumismo y los desequilibrios estadounidenses, resultan viabilizados en buen grado por las transferencias asiáticas de ahorros. De otro lado, China y naciones vecinas ganan posiciones en el comercio y la producción mundiales aprovechando la demanda y la tecnología norteamericanas. Hay, sin embargo, límites a las asimetrías comerciales, al endeudamiento o al sobrecalentamiento galopantes de unos y otros, que podrían arriesgar la estabilidad y el crecimiento del mundo. El alza persistente de las tasas estadounidenses de interés, las devaluaciones competitivas, la inflación, los recesos productivos generalizados, son espectros que comienzan a reaparecer en el horizonte económico global y cuya atención exige de soluciones graduales y concertadas.

En México, en vez de prevenir los efectos potenciales de esos problemas y de ocuparnos en recuperar la capacidad de crecer, malgastamos ingenio y energías políticas en las tragicomedias polarizadoras de los desafueros.